

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Naufragio y otras roturas –
Hch. 27:1-28:10
(14 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



**Nafragio y otras roturas –
Hch. 27:1-28:10
(14 días)**

Día 1

Hch. 27:1-3

A expensas del Estado

“Cuando se decidió ...” – una corta frase pero muy significativa está al comienzo de una impresionante historia, ampliamente descrita.

Pablo ya no es un hombre libre; se decide sobre él y se actúa con él. Junto con otros presos, viaja en barco de velas a expensas del Estado a Roma, y custodiado por soldados. Lucas (“nosotros”) y Aristarco de Tesalónica lo acompañan.

A Aristarco lo conocemos del cap. 19:29. Además Pablo lo menciona en Col. 4:10 “mi compañero de prisiones”. ¿Habrá estado con él en la cárcel en Cesarea? No lo sabemos. Es una amabilidad especial, dada a Pablo, que estos dos hombres lo podían acompañar.

El oficial trataba a Pablo realmente muy bien. Probablemente conocía la inocencia de este preso. Julio no tenía ninguna duda al darle “libertad” de visitar a sus amigos en Sidón. Pablo puede ir a la iglesia allí, sin custodia, “para ser atendido” por ellos. ¡Por fin! ¡Por fin se tiene algo de cuidado por este hombre, que había pasado tanta lucha y disputa; por fin él puede estar con los hermanos en la fe, para compartir sus experiencias!

¡Cuánto bien le habrán hecho las oraciones en conjunto, la comunión en las comidas y las pocas horas de descanso! “Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios” (Ro. 15:7), así los creyentes en Sidón trataron a Pablo y a sus compañeros. No tenían prejuicios: “este hombre es demasiado extremista en sus opiniones”. Ni temores: “quizás también nos perseguirán, si recibimos a este hombre”.

No sabemos nada especial acerca de los creyentes en Sidón. Jesús estuvo varias veces en esa región, predicando y sanando, entre otros a la “mujer cananea” (Mt. 15:21-28). En otra ocasión llegó una multitud de ellos a Él (Lc. 6:17-19). Jesús valoraba mucho a la gente de Sidón: Lc. 10:13,14.

Día 2

Hch. 27:4-13*; 2.P. 1:21

#todo bastante incómodo

Nos llama la atención que Lucas describe tan detalladamente la ruta del viaje. Hoy en día un compañero de viaje probablemente hubiera mandado un SMS: ... todo bastante incómodo aquí. Nosotros preguntamos: ¿Qué habrá pensado Lucas, describiéndolo así, o porqué el Espíritu Santo lo habrá motivado a describir el viaje marítimo con tantos detalles?

Las siguientes noticias hacen pensar: Los vientos eran contrarios ... navegando despacio, y llegando a duras penas ... nos impedía el viento ... pasado mucho tiempo ... siendo ya peligrosa la navegación (comp. v.4,7,9).

Para Dios hubiera sido muy fácil prepararle a su fiel servidor un viaje cómodo y agradable a pesar de la época tardía. Y además era el último; un mar tranquilo a la luz agradable y dorada de octubre hubiera sido muy placentero.

Pablo viajó muchas veces por el mar y sufrió tres veces un naufragio; un día y una noche había pasado en alta mar (2.Co. 11:25). Sin embargo, ¿no le atribuye su amo ningún bono de empleado?

Excavemos en busca del mensaje espiritual de nuestro texto: *El viaje de la vida de cada ser humano se asemeja a un viaje en un barco que se balancea*. Cuando en algunos días sopla “una brisa del sur”, aligeramos las anclas con alegría en entusiasta acción. Estos días nos engañan para que creamos que nada puede sacudirnos o afligirnos; todo parece tener éxito. Pero de repente se abre un abismo, cuya oscura profundidad nos priva de toda seguridad: Sal. 88:3-7.

Escuchamos impotentes las historias de viento en contra y esfuerzo que no tienen sentido. Pero Pablo nos ayuda a tratar estas experiencias de la manera correcta: 2.Co. 1:3-11.

Donde un seguidor de Jesús experimenta resistencia, dificultad y muerte, Dios mismo lo consuela. Esto va más allá de nuestra comprensión. Y aún más, cuando dice: “... si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación” - #¡Todo es maravilloso!

*si es posible leer el texto con el mapa

Día 3

Hch. 27:9-15; Pr. 12:15

En el medio

Roma necesitaba por año por lo menos 40 millones de fanegas* de cereales. Con vientos favorables, un barco necesitaba diez días para el viaje de aproximadamente 1500 kilómetros desde Roma a Alejandría. Con mal tiempo el viaje podría durar hasta 60 días. El tiempo a mediados de setiembre hasta principio de marzo era muy peligroso para la navegación.

Pablo aconsejó fuertemente de no continuar el viaje. El capitán del barco rechazó el buen consejo. En el mercado de invierno se podían conseguir buenos precios. Y el timonel podía demostrar lo bueno que era. Los timoneles alejandrinos eran famosos por “conducir su barco a través del mar como carros de guerra”. Ahora vemos el velero lleno de cereales navegando por Creta.

De repente, un huracán devastador se desata, agarra el barco como una cáscara de nuez que “arrebataba la nave”. La gente de a bordo se siente horrorizada. Por mucho que los marineros intenten mantener el control del barco, no lo conseguían. Y se rinden.

Aquí encontramos otro mensaje para nosotros. *Pablo y sus compañeros están en la misma situación que los demás.* Justo en medio de la tormenta que destroza el aparejo y arranca todo lo que no está clavado. Todos están en el mismo barco, todos están amenazados de perecer. Los cristianos no están al margen de las crisis y necesidades de este mundo. No se sientan seguros en un “bote de servicio celestial”, desde donde miran el caos con calma.

Jesús oraba a Su Padre: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. ... Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Jn. 17:15,18).

Los seguidores de Jesús no están excluidos de los pesares de la vida. También ellos pierden su lugar de trabajo, sufren pérdidas, temores y dudas. Ellos viajan como grupo pequeño en el gran “bote de los pueblos”.

*1 fanega = más o menos 60 litros

Día 4

Hch. 27:16-24; Sal. 39:4-7

Cristianos a bordo

“Hemos oído que hay cristianos a bordo. Mañana es domingo. ¿Podemos participar de vuestro culto? Este pequeño diálogo tuvo lugar en la barandilla de un crucero moderno.

Es bueno cuando se nota a los cristianos, cristianos en la ciudad, en la escuela, en la oficina, en la obra, en el banco, en el hospital. Así también entre aquellas personas que estaban en peligro de zozobrar con su velero de cereales. No hay sol durante días, no hay estrellas en el cielo por la noche. Muchas cosas habían sido arrojadas por la borda, las que agobiaron al barco y lo empujaba a las olas. El barco era un juguete entre las olas y las tormentas. “Ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos”.

Y allí nos imaginamos al apóstol, agarrándose de una tabla dentro de la nave, agachado, pero girando una y otra vez por la violencia de la tormenta. Está oscuro. Oye los gritos de los demás, el miedo también se le mete en la cabeza. Está rezando. Entonces lo ve a él, el mensajero de Dios. Y lo oye, a pesar del estruendo y el ruido a su alrededor. Pablo no puede invitar para un culto, pero puede *poner una señal de esperanza*. Él ha escuchado un mensaje, ha recibido la palabra de Dios en una situación en la que no hay más antenas para ella. Dios le dio valor para vivir en medio de la situación de peligro de muerte (Sal. 27:5; 57:1,2). “Queridos hombres, ¡no tengan miedo! Dios envió un ángel. Dijo que yo tenía que ver al emperador. Y todos vosotros viviréis”.

Pablo nos recuerda brevemente que nadie escuchó sus buenos consejos. Pero en esta situación, no es la palabra de reprensión lo que se necesita, sino la palabra de esperanza, de consuelo, de aliento (Sal. 46:1-3).

Un mensaje de radio podría haber sido: en apuros, pero llenos de esperanza – cristianos a bordo.

Día 5

Hch. 27:25,26; Job 12:9,10

Yo confío en Dios

Varios habrán observado incrédulos a este preso tan especial. Otros quizás meneaban la cabeza acerca de este “marinero de agua dulce” que no entendía nada de navegación. “Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho”.

Esta es una situación que también nosotros experimentamos. *Los cristianos confiesan en el caos: Yo confío en Dios. Yo creo en Su Palabra. Existe la posibilidad de salvación.* “Con todo, es necesario que demos en alguna isla”.

Pensemos en lo que ésto significa para nosotros. En medio del hundimiento, la desesperación y falta de aliento existe una “isla de salvación”: Jesús, el que fue crucificado, sepultado y que resucitó. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa (tu familia, tus seres queridos)”, dijo Pablo a un carcelero (Hch. 16:31).

Pero, ¿quién quiere refugiarse en esta “isla”, quién acepta la mano extendida de salvación? ¿Quién cree, que este Jesús “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21b)? “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?” (Is. 53:1) Naturalmente Pablo no mencionó la isla a la que se dirigían como isla de salvación. Él no hizo una predicación acerca de esto. Pero es válido: En la noche y en las dificultades, nosotros estamos “a la deriva”.

Actualmente (2018) domina a Europa tremendo calor. Los hombres, animales y plantas están sufriendo. Las matanzas de emergencia, las cosechas por necesidad consumen los centavos de emergencia. Los bosques arden como la yesca, los ríos se secan, los peces mueren, los glaciares y los casquetes polares se derriten, el nivel del mar sube. ¡Qué impotentes estamos cuando las fuerzas de la naturaleza nos sacuden.

Hablar la palabra de esperanza, de la razón que sostiene nuestra vida, cuando todo se sacude, cuando los planes de vida se disuelven en la nada – esto es lo que Pablo nos muestra en nuestro texto. El que cree será salvo.

Día 6

Hch. 27:26-32; 1.Co. 12:14-26

Salir puede ser fatal

Llegó la décima cuarta noche. A pesar de mucha debilidad y descompostura, algunos sospechaban sin verlo: ¡tierra a la vista! Al echar la sonda se aprobó su sospecha: la profundidad disminuía. Unos marineros se dirigieron a la proa con una mentira en los labios: “Queremos echar las anclas”. De hecho querían irse con el bote de servicio. “Si chocamos contra una roca, ¡se acabó!”, pensaron. Su temor es comprensible. Así que: salgamos, dejemos a tiempo el barco que se hunde, ¡lárgense de este “vendedor de almas”!

En realidad los marineros deberían ser los últimos que salen de la nave, pero para esto ya no tienen más fuerza de nervios. Más bien han echado por la borda su responsabilidad por los demás. ¡Salir!

Efectivamente esto es hoy en día para muchos muy atractivo. Salir de la responsabilidad, salir de las presiones de la difícil y compleja vida, salir de la sociedad competitiva. Salir del matrimonio y de la familia, dejarse llevar; los hijos ya se la van a arreglar. El que deja sus responsabilidades sueña de libertad e independencia. En verdad los otros llevan más cargas, más heridas, más desesperanza por todo esto.

Así mismo pasó en aquella noche en la nave alejandrina. A Pablo no se le escapa el intento de fuga de los marineros. Él advierte a los que quieren salir: *nos necesitamos los unos a los otros. Estamos conectados como miembros de un solo cuerpo. Nadie actúa por sí solo.* O nos quedamos todos juntos y vivimos o algunos salen y todos morimos. Sólo juntos tenemos un futuro.

Inesperadamente, el prisionero se ha convertido en portavoz. Lo escuchan. Se acabaron las palabras contrarias del capitán o del timonel. También el centurión Julio está convencido de la autoridad de Pablo y de sus advertencias. Él hace cortar las amarras del bote de servicio. Nadie sale de la nave.

Día 7

Hch. 27:33-38; 1.Co. 16:13,14

Desayuno

Ya no tenían el bote de servicio. Frustrados y agotados cada uno se abandona a sus pensamientos sombríos. Desde hace catorce días nadie había comido. El estómago cuelga “a media asta” o incluso más abajo. Se acerca el amanecer. La devastadora extensión de los daños a la nave se hace visible de nuevo.

Ahora bien, Pablo advierte como un buen padre de casa: Hombres, todos debemos comer algo ahora. “Ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá”. Aunque todavía no han sido salvados, el apóstol habla amigablemente y con cariño a sus compañeros de sufrimiento. *Los cristianos creen sin mirar*. “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (He. 11:1). Ellos se apoyan en la palabra de Dios que han recibido (v.24).

Pablo toma un pedazo de pan, hace una oración de agradecimiento a Dios, que nos hacen recordar las palabras del Señor Jesús en la última cena con sus discípulos (comp. 1.Co. 11:23,24). El fortalecimiento de la comida en conjunto es importante después de toda la lucha por la supervivencia. “Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también” (comp. He. 12:12).

Ánimo en lugar de desánimo, esperanza en lugar de resignación se extendía entre los pasajeros. El ejemplo de Pablo contagió a todos. Otro hombre llamado “Paul”, en realidad él no estaba en la nave, pero una estrofa de su canción parece ser escrita para esta ocasión: “Intrépido y sin temor se debe demostrar siempre un cristiano dondequiera que esté. Aunque la muerte lo quiera arruinar, el ánimo y el aliento sin embargo lo tienen que aquietar” (Paul Gerhardt).

Con esto podemos anotar otra ayuda espiritual de nuestro texto: *Los cristianos no pierden su confianza*; pues tiene una gran recompensa (comp. He. 10:35). En ocasiones incluso cantan “cánticos en la noche” (Job 35:10).

Después del desayuno echaron el resto del trigo al mar para aliviar la nave.

Día 8

Hch. 27:39 – 28:1; Is. 59:1

Se avista un “puntito”

Cuando aclaró, ven una isla con una bahía delante de ellos. Las anclas ya no se levantan, sino que se cortan, el timón vuelve a funcionar, se levanta una vela y comienza el viaje. Y es entonces cuando ocurre: la barcaza choca con un obstáculo no lejos de la orilla salvadora, se rompe y se hunde.

Los soldados, que son responsables de los prisioneros con sus propias vidas, ya están buscando la espada para matarlos. Pero su oficial lo impide y organiza enérgicamente la operación de rescate: El que sabe nadar, nada. Los otros reman con los restos de tablas hasta la orilla. Así que todos llegan completamente empapados, pero a salvo a la isla Malta.

Si observamos en el mapa este punto del tamaño de una cabeza de alfiler de isla, empezamos a preguntarnos: un barco sin brújula, sin vela, flota durante catorce días sin ningún tipo de control en un “desierto acuático” de cuatrocientos kilómetros de ancho y se encuentra exactamente con este pequeño trozo de tierra. ¿Cómo es posible esto? Es porque el embajador de Cristo está a bordo, que debe ir a Roma.

Detrás de esto está la voluntad de Dios. Contra ésta las tormentas más grandes son impotentes. Dios lo vigila y ha tomado el timón en sus propias manos. Él es el Señor de los vientos y de las olas, las fuerzas de la naturaleza le obedecen (comp. Sal. 135:7; 104:3).

“Ante este Dios debemos humillarnos y avergonzarnos un poco, porque una y otra vez confiamos tan poco en Él, y por eso estamos desanimados y temerosos” (W. Lüthi).

Un enervante viaje por ahora se termina en Malta, un viaje dramático de tormentas finaliza temporalmente en un puerto salvador. Recordemos que esto también es un símbolo por el viaje de nuestra vida.

Día 9

Hch. 28:1,2; Sal. 42:5-8

Náufragos

Ahí están sentados alrededor del fuego que los amables naturales de la isla encendieron para los náufragos. Probablemente habían observados ya hace un tiempo el barco que delante de su costa había luchado con el mar embravecido.

“Este naufragó” decimos nosotros, cuando por ejemplo un empresario tiene que anunciar su quiebra. - O una exitosa profesora y autora cuenta, como su matrimonio después de catorce años se rompió. La relación a la distancia, debido al trabajo, no la aguantaron. - O la estudiante de primer semestre se rindió resignadamente. “Tiró la toalla”, porque no pudo hacer frente a la organización de su casa propia y a los exigentes estudios en la ciudad desconocida. - La madre soltera pensó que podía trabajar en tres casas diferentes al día, haciendo la limpieza, y a la vez atender debidamente a su hijo. Pero las olas de los problemas eran demasiado altas. Su colapso nervioso fue grave. - Él quería seguir con su ardua carrera, cuidar su joven familia y al mismo tiempo escribir su tesis doctoral. Llegó el colapso. Él estaba terminado, pero no la tesis.

Nuestro viaje a través del mar de la vida incluye felicidad, éxito, satisfacción y grandes metas. Pero también debemos ser capaces de luchar con resistencia, con tormentas inesperadas que estallan repentinamente. Los 275 hombres pudieron ver en Pablo, que es más fácil de equilibrarlo, si uno puede orar al Dios que envía un ángel cuando ya no brilla ninguna estrella. Aquél que podía tomar las decisiones correctas porque se entregó completamente a la guía de este Dios.

Las siguientes palabras de una poesía podrían ser de él: “El hecho de que tú me guías, afirma mis pasos. La verdad que tú me guías, esto me da fuerza y valentía. Esto te agradezco y esto es mi súplica, que hoy mi corazón descansa en tu guía” (H. Winkel). (Lea Sal. 138:3.)

Día 10

Jon. 1:1-16; 1.Ti. 1:18,19

El naufragio provocado

El texto de ayer podría causar la falsa impresión que los creyentes no sufren naufragio. Nuestro texto de hoy nos da el ejemplo contrario.

El profeta Jonás –como Pablo- había recibido de su Señor una tarea y una meta. Él debía ir a la impía ciudad de Nínive y predicar a la gente de tal forma, que reconocieran su maldad. Jonás no estaba de acuerdo.

Tratando deshacerse de la tarea y de Dios, subió a un barco que se dirigía a la dirección contraria. Naturalmente esto no funciona, ya David lo sabía (Sal. 139:7-12).

Jonás pagó correctamente su pasaje y después se fue a dormir. Mientras él dormía profundamente en el interior de la nave, en el mar se levantó un tremendo huracán. El capitán buscó a Jonás para que estuviera en la cubierta, ya que se necesitaban las oraciones de todos.

Los marineros paganos por tanto temor ya no sabían qué hacer. Ellos echaron la suerte, para averiguar quién tenía la culpa de este desastre. La suerte le cayó a Jonás. “¿Cuál es tu Dios?, preguntaron “¿Él podrá ayudarnos?”

Jonás dijo: “Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra. ... echadme al mar, y el mar se os aquietará”. Esto era un gran problema de conciencia para los paganos. Pero no tuvieron más remedio para sobrevivir. Entonces tiraron al hombre devoto por la borda, “y el mar se aquietó de su furor”.

Jonás *debe* ir a Nínive. Así que Dios mandó un “taxi” especial, que lo “llevó” en tres días al lugar correcto (lea Jon. 2).

Un hombre de Dios no obedece a Dios. Esto puede pasar. Él hizo lo contrario de lo que debía hacer. También esto pasa a veces. Pero Dios no se rinde. ¡Esto es lo mejor que pasa! (Sal. 18:16).

Día 11

Jn. 4:1-11; Mt. 12:38-40

Dios no se enfada

En la clase de religión los niños escuchan la historia de Jonás. Cuando la maestra contó que Jonás no hizo lo que Dios le había dicho, un niño dijo espontáneamente: “Ahora Dios está “de mala leche”.

No era fácil convencerle que su opinión era errónea, ya que muchos niños pensaban lo mismo. “Si no hago lo que me dice mi mamá, por lo general se pone “de mala leche”.

Esta es nuestra manera de actuar. Nos enojamos, no hablamos más unos con otros, nos ponemos tercos.

También Jonás se puso terco. Esta vez en Nínive. ¡Ya lo sabía! Dios tiene misericordia aún con gente mala, cuando se vuelven a Él. Jonás muy enojado oraba: “yo sabía que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal” (Jon. 4:2b).

Esta característica de Dios le gustaba mucho a Jonás para sí mismo. Pero, ¿para los paganos impíos? ¡Nunca jamás!

Dios, que le había mandado el “taxi acuático”, ahora hace crecer una calabacera a cámara rápida. Esa le daba buena sombra. Sin embargo a la siguiente mañana la encontró seca. Jonás se enojó por eso.

Entonces Dios le dijo: “Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció. ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?” (Jon. 4:10,11).

Dios no está “de mala leche” por su mensajero. Esto casi no quiere entrar en su cabeza de que Dios quiere “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1.Ti. 2:4).

La pregunta que Dios le hace, Jonás no la contesta. Así que cada uno que lo lee, puede responder personalmente:

Día 12

Mt. 8:18-27; Sal. 44:24-27

Desafío en la tentación o “viento contrario”

Dando un poco más de descanso a los salvados en la isla Malta. Hoy queremos considerar otra historia de tormenta, la que nos enseña varios aspectos acerca del discipulado cuando hay viento en contra, lo cual no le gusta a cualquiera.

Jesús quiere pasar al otro lado del lago, las multitudes de gente son demasiado grandes. Los discípulos preparan el bote. Ahí vienen dos hombres que quieren seguir a Jesús. Pero ellos quieren quedarse en tierra firme. Varias cuestiones los amarran. Los discípulos salen de la orilla. Jesús está con ellos. Ellos están bien tranquilos. Que Él se acostara, no les causa problema, ya que el día había sido bastante agotador.

Pero de repente los temidos vientos descendentes caen sobre ellos en el bote, que se llena de agua por las grandes olas. Por más que se esfuercen, los discípulos no pueden sacar el agua lo suficiente rápido. Ellos perciben el naufragio; ¡qué desastre!

El que sigue a Jesús tiene que contar con fuerte viento en contra, debe estar preparado para cualquier cosa. Para los discípulos en esta tarde significa una gran tentación: Jesús está ahí – a pesar de esto estamos en peligro de muerte. Jesús está ahí – pero, Él duerme. Parece ser que todos los demonios están luchando, queriendo tragar el bote junto con todos ellos – y Él no se da cuenta. “... le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!”

Aunque Jesús les reprocha su poca fe, queremos observar: Ellos se dirigieron a Aquel que les podía salvar. Sus esfuerzos de poder vencer el viento y las olas, eran en vano. Pero Él “levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza”.

Fácilmente y sin problemas llegan a la otra orilla. Es cierto, su fe era pequeña y pobre frente al gran poder de su Señor. Pero el buen mensaje es: ¡Ellos están juntos! (Comp. Sal. 93:3,4.)

Día 13

Hch. 28:3-6; Am. 5:19

¡Al fuego con ella!

El fuego se está disminuyendo, muchos están durmiendo, otros miran fijamente al vacío. Pablo, atento como siempre, recoge algunas ramas secas y las pone al fuego. Parece que una rama se mueve extrañamente. ¡Oh, no! Es una víbora que muerde la mano del apóstol y queda prendida. Él tranquilamente la sacude directamente al fuego.

Los observadores están espantados y rápidamente suponen: El que fue salvado del huracán, pero ahora es mordido de una víbora, debe ser un asesino. Aquí actúa la mayor justicia, así piensan.

Todos esperan que Pablo demuestre las señales típicas de envenenamiento y que se cayere muerto. Cuando no pasa nada, entonces llegan a la conclusión: él es un Dios. –

Prejuicios, reiterados cambios de opinión, ¿quién no haya experimentado ya estas reflexiones desagradables? ¿A quién no le haya afectado mucho? Esto es el veneno de “la serpiente antigua”, la que según la Biblia ha hecho una carrera “hacia abajo” (Gn. 3:1-6,14,15). Su veneno efectúa en cualquier parte donde uno se decide en contra de Dios; en todos lados donde se cuestiona su poder, donde el pecado actúa visible o invisiblemente.

En la antigüedad los ricos muchas veces vivían de forma desenfrenada e indisciplinada en sus placeres. ¿Y hoy? Una situación parecida. O, ¿de qué otra manera se podría entender que algunos padres venden a sus hijos pequeños a círculos pornográficos? ¿De qué otra manera se pueden entender asesinatos y homicidios?

La “serpiente antigua” está en todas partes, incita a tiranos y sadistas, provoca codicia al dinero, vanagloria y arrogancia, todo lo que es injusto. ¡Al fuego con ella!

Por la sangre derramada de Jesús, ella es vencida, ella pierde su poder y su veneno queda sin efecto: Nm. 21:4-9; Jn. 3:14-21. El siervo de Dios está bajo la protección de su Señor. (Lea Lc. 10:18,19.)

Día 14

Hch. 28:7-10; Lc. 4:37-40; He. 13:16

No con monedas que suenen

Doscientos setenta y seis personas necesitaban alojamiento y comida para por lo menos tres meses. Ellos tienen que invernar en Malta. Felizmente en esta región el clima de los inviernos es suave. ¿Dónde alojar todos estos náufragos?

Publio, el hombre principal de la isla, era adinerado y por unos días recibió a Pablo y sus compañeros en sus propiedades. El padre de Publio tenía fiebre y estaba muy enfermo de disentería. Pablo no podía pagar su estadía con monedas que suenen (comp. Hch. 3:6).

Él se deja conducir al enfermo. Pablo ora, pues sin el poder de Dios él no puede hacer nada. Entonces le impone las manos y la enfermedad desaparece de su cuerpo. Como un fuego devorador se extiende esta noticia. Entonces todos los enfermos de la isla se amontonan junto a Pablo. Él los sana.

Y aunque aquí no se lo escribió, con toda naturalidad, el misionero también predicó el evangelio: Hay Alguien quien cura el daño de más adentro de vuestros corazones, el cual siempre es peor que el dolor de una muela, de reuma o de una parálisis. Este daño se llama pecado y nos separa de Dios. Pero yo les puedo contar de qué manera podéis volver a Él. ...

Los nativos hospedan y alimentan a los 276 refugiados por tres meses sin protestar; a ellos que no tenían nada aparte de lo que vestían. Y cuando pueden seguir su viaje, ellos no respiran aliviados: “Por fin nos libramos de esta carga, finalmente se van”. ¡No! Ellos los honran con muchas atenciones, demostrando su respeto y agradecimiento. Ellos llenan las bolsas de los refugiados con todo lo necesario de alimentos y vestimenta para su viaje.

Ellos son un ejemplo de generosidad y amabilidad. ¿Acaso Lucas les contó algo de su evangelio? (Lc. 6:38).